

APORTES CONCEPTUALES Y PRÁCTICOS DE LOS FEMINISMOS PARA EL ESTUDIO DEL ESTADO Y LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Claudia Anzorena¹

Resumen: Este artículo aborda algunos aportes conceptuales y prácticos de los feminismos al estudio de las políticas públicas y del Estado. Hacemos una lectura de las categorías de género y ciudadanía para visibilizar las relaciones entre mujeres y Estado, los efectos que las políticas tienen en las vidas concretas y cómo las relaciones desiguales de género son constitutivas del campo estatal.

Palabras claves: Feminismos, género, práctica política, políticas públicas, Estado

Abstact: This article addresses certain conceptual and practical contributions of feminisms to the study of public policies and the State. We analyze gender and citizenship categories to visibilize the relationships between women and State, the effects of policies on actual lives, and how unequal gender relationships constitute the field of the State.

Keywords: Feminisms, gender, political practice, public policies, State

Recibido: 03/04/2014

Aceptado: 08/06/2014

¹ Investigadora, Incihusa, Conicet (CCT – Mendoza)

Introducción

La pregunta que dio inicio a estas reflexiones fue ¿cuáles son los aportes del feminismo para el estudio del Estado y las políticas públicas? El interrogante me resultó provocativo en virtud de las investigaciones que vengo desarrollando sobre la relación entre feminismos, derechos de las mujeres, Estado y políticas públicas. Los feminismos, como perspectivas teóricas y prácticas políticas, han contribuido ampliamente al estudio crítico de las políticas públicas y del Estado desde diferentes posicionamientos, por tanto hacer un recorrido detallado es un desafío que no pretendo alcanzar en el presente artículo. En cambio, me propongo compartir una relectura de los límites y posibilidades de tres categorías - género, ciudadanía y Estado como campo sexualmente marcado - que utilicé en el análisis histórico y feminista de las políticas públicas en Argentina, a partir de la reinstauración democrática, que formó parte del marco teórico de mi tesis doctoral².

Si bien, como adelantábamos, estas perspectivas y prácticas han tenido una gran variedad de posicionamientos, inclusive tensiones y antagonismos entre sí - lo que hace imposible hablar de una perspectiva feminista en singular - desde esta diversidad, se pueden encontrar análisis en torno a cómo incide la intervención del Estado en las relaciones desiguales de género, a la vez que en cómo se juegan estas diferencias/desigualdades en el conjunto de la intervención estatal. Es decir las lecturas feministas hacen hincapié no sólo en los efectos que las políticas tienen en la vida de las personas, especialmente de las mujeres, sino también en cómo las relaciones entre los género son constitutivas del Estado, introduciendo un análisis explicativo, comprensivo y no meramente descriptivo.

Siguiendo esta línea, las contribuciones se han dado en dos planos que, desde el punto de vista de nuestros análisis, actúan de manera articulada casi por definición. Por un lado un aporte conceptual-crítico basado en argumentos teóricos y empíricos que pone en cuestión los modos en que el Estado ha tratado y trata las diferencias entre los géneros sexuales en el orden social y político, que se evidencia tanto a nivel político-ideológico como en las políticas públicas concretas que se implementan. Y por otro lado un aporte práctico-crítico que, a partir de la politización de asuntos que antes permanecían clausurados en la esfera privada y del reconocimiento de una serie de derechos, ha modificado el marco legal, la estructura del Estado con la creación de organismo especializados y la intervención estatal a nivel de la planificación y de la acción misma de los gobiernos. Las transformaciones en el plano conceptual y en la práctica, confluyen en la necesidad de comprender las complejas relaciones entre mujeres, Estado y ciudadanía a través de las políticas públicas.

² La tesis se denomina *Veinte años de políticas públicas destinadas a mujeres en la argentina. Organismos y políticas en la provincia de Mendoza (1988 – 2008)*, Tesis doctoral, FCS – UBA, defendida en 2009. La reelaboración y actualización de este trabajo dio lugar al libro *Mujeres en la trama del Estado. Una lectura feminista de las políticas públicas*, editado por la editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (Ediunc: Mendoza, 2013)

Vale aclarar, que la contribución de los feminismos en el campo de las políticas públicas no se centra exclusivamente en los Estados nacionales, sino que también implican otras instituciones supranacionales o no estatales, y en la sociedad misma, en tanto y en cuanto el Estado no está separado o por fuera del conjunto de las instituciones que constituyen la sociedad, sino que es producto de los procesos sociales del que forma parte. Asimismo el colectivo de mujeres no es un todo homogéneo en sus condiciones materiales y simbólicas, sino que en este sentido juegan un papel fundamental la interconstitucionalidad de la racialización, la clase, el género, la orientación sexual, la procedencia y la ubicación geopolítica.

Las mujeres, en Occidente, empezando por las mujeres blancas de Norteamérica y Europa occidental, fueron ampliando su condición de ciudadanía, sobre todo a partir de la década de los '70, de la mano de los movimientos feministas (surgido en los '60) que se pararon frente al poder político, especialmente internacional, como interlocutoras legítimas para plantear sus demandas. La "cuestión de las mujeres" fue adquiriendo lugar en las agendas estatales aunque subsidiarias de las políticas de "desarrollo", pensadas para los países del Sur y sus transformaciones en las diferentes coyunturas³. Se trata de una presencia marcada por la escisión entre: 1. la proclamación de derechos que los Estados han realizado, que da pie a las acciones en denuncia de la discriminación y el reclamo por ampliación de los derechos; y 2. la inercia del Estado en torno al lugar asignado a las mujeres como madres, reproductoras y cuidadoras, basado en las tradiciones culturales heteropatriarcales.

La dinámica histórica y multideterminada de la instalación de estas temáticas en el espacio público, que navega en las aguas borrascosas entre las reivindicaciones feministas y las resistencias estatales; nos lleva a observar las transformaciones captando las complejidades de por qué si las mujeres tenemos derecho a vivir una vida sin violencia las formas de violencia parecen multiplicarse y no erradicarse. Porque si hay leyes que garantizan nuestros derechos sexuales y reproductivos tenemos que acudir a abortos clandestinos cuando decidimos interrumpir un embarazo, aun en los casos que son legales. Porque si tenemos leyes de igualdad laboral y económica nuestros salarios son menores. Porque el ingreso al espacio público y a la esfera productiva no fue acompañado de un reparto de las responsabilidades sobre las tareas de cuidado y domésticas. Una larga lista de porqués nos permite realizar esta sinergia entre prácticas políticas y crítica teórica que implica las perspectivas feministas.

Nuestro punto de vista feminista crítico da cuenta de la complejidad en los efectos que produce la intervención estatal y permita vincular los estudios de género y los estudios sobre políticas públicas, considerando las relaciones desiguales entre los género, las clases y la racialización como elementos constitutivos del análisis. A continuación haremos referencia a la categoría de género, de ciudadanía y de políticas

³ Diferentes autoras han trabajado la cuestión de planificación, mujeres, género y desarrollo como Caroline Moser, 1998; Virginia Guzmán, 1998, 2001; Virginia Vargas, 1998; Maxine Molyneux, 2003; Jules Falquet, 2004 (Anzorena, 2013).

públicas como categorías analíticas que contribuyen al aporte crítico-conceptual de los feminismos al estudio del Estado, construidas a partir de la práctica política feminista.

La categoría de género para develar las relaciones entre mujeres y Estado:

La relación entre mujeres y Estado es compleja y poco evidente. Un aporte de los feminismos ha sido evidenciar esta estrecha relación. En nuestro mundo social a “las mujeres” se las define vinculadas a las tareas de cuidado, al trabajo reproductivo en el ámbito privado-doméstico y a lo sumo en el ámbito comunitario. En la esfera productiva y en el espacio público su contribución se considera secundaria en relación a las responsabilidades de cuidado y en general se las encuentra más aptas para las tareas que implican la extensión del “rol materno” en lo social⁴. Por su parte, el Estado se considera el lugar de lo público por excelencia, hasta el punto que muchas veces se piensa que la esfera pública se reduce al Estado. Entonces, la relación entre la esfera de lo femenino-doméstico-privado y el Estado -lo público, es difícil de percibir. Resulta poco evidente que las leyes, las políticas, la burocracia, e inclusive las fuerzas de seguridad del Estado estén sexualmente marcadas. Por el contrario, se supone que el Estado es una entidad objetiva, que gobierna de manera sexualmente neutra sobre sujetos sin sexo ni género. Es preciso realizar una labor crítica para advertir que el Estado gobierna sobre sujetos/as/xs sexuados/as/xs, engenerizados/as/xs, y que el sujeto que funciona como estándar, como abstracción del ciudadano, es en realidad un sujeto adulto, masculino, habitualmente blanco, letrado, burgués, sexuado. Las marcas genéricas que distinguen a los sujetos son percibidas, como particularidades de los cuerpos “no masculinos”. De allí que cuando se aplican políticas exclusivamente para mujeres, las intervenciones se presentan como una suerte de anomalía que irrumpe en un espacio que pretende ser neutral.

Es decir, lo masculino es lo neutral, lo femenino es lo diferente, a lo que se suma una desigual distribución del poder y por ende de jerarquías entre lo neutral y lo diferente, siendo lo diferente finalmente inferior⁵. Señala Alejandra Ciriza: *“La dificultad para quienes se sitúan en posiciones etnocéntricas o sexistas, estriba en que la otra, el otro, aquellas y aquellos cuyas diferencias no pueden ser reducidas ni eliminadas sólo pueden ser significados como inferiores. Frente a ellas y ellos caben (y están justificadas) posiciones de autoritarismo, descalificación y en el peor de los casos violencia y exterminio”,* y agrega *“El sexismo es un producto de esa forma de posicionarse frente a las mujeres como diferentes, es un conjunto de prácticas y discursos que significan a las mujeres como inferiores por venir en un cuerpo diferente”* (Ciriza, 2007: 9).

⁴ Las feministas, desde sus diversas posiciones, han criticado la separación de la esfera pública y la privada como pilares del pensamiento político patriarcal, y la principal forma de excluir e invisibilizar a las mujeres y legitimar su subordinación (Phillips, 2002).

⁵ Basta pensar en el uso de lo femenino como insulto para aquellos varones que se desvían de lo esperado como masculino o para exacerbar los comportamientos masculinos.

En estos procesos de desvalorización o exclusión de lo sexualmente diferente como inherente a la vida social y política, las explicaciones teórico-conceptuales que constituyen el saber científico de las diversas disciplinas han jugado y juegan un papel fundamental, para convertir en “norma” (universal, neutral y objetiva) aquello que es construcción social. El punto de vista adoptado por los feminismos apunta a una crítica que permita desenmascarar estos procesos.

Los feminismos, han cuestionado las formas habituales de construir conocimiento como un campo donde las mujeres son invisibilizadas, discriminadas y excluidas. Sin embargo la crítica feminista no sólo ha elaborado perspectivas de desmantelamiento de la ciencia hecha sino que, desde hace ya más de 40 años, se constituye en un espacio de producción de saberes y reflexiones en torno a la construcción de conocimiento desde la experiencia de las mujeres⁶, con recursos teóricos y empíricos propios – creados o resignificados - como herramientas fundamentales para desenmascarar tanto las justificaciones de la exclusión de las experiencias de las mujeres como su subordinación en todos los ámbitos de la vida. Es así que han puesto de diversas maneras en entredicho las relaciones jerárquicas y desiguales entre los géneros, pero también entre las mujeres, dando lugar a una multiplicidad de puntos de vista desde donde analizar críticamente las condiciones materiales y simbólicas de existencia de los/as/xs sujetos/as/xs subalternizados/as/xs y buscar las posibilidades para su transformación. En esta línea se puede delimitar un punto de vista feminista para abordar las políticas públicas que, directa o indirectamente, afectan a las mujeres y a todxs lxs sujetos en relación a su género.

Hay un fragmento de *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry que considero ilustra maravillosamente el carácter histórico y convencional de los procesos de construcción y legitimación del conocimiento y las relaciones de poder que en ello se juegan. Dice así:

“Tengo poderosas razones para creer que el planeta del cual venía el Principito era el asteroide B 612. Este asteroide ha sido visto sólo una vez con el telescopio en 1909, por un astrónomo turco. Este astrónomo hizo una gran demostración de su descubrimiento en un congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir. Las personas grandes son así. Felizmente para la reputación del asteroide B 612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a dar cuenta de su descubrimiento en 1920 y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración” (El Principito de Antoine de Saint-Exupéry -1943).

⁶ Entendemos al colectivo de mujeres no como un colectivo determinado por alguna “esencia” natural que las define como tales, sino como una categoría histórica y socialmente construida, atravesada por relaciones de poder que determinan para ciertos sujetos, con ciertas características, un lugar con valorización diferencial en la sociedad, lo cual tiene efectos simbólicos y materiales sobre las personas. Las mujeres son además diferentes y desiguales entre sí (Ciriza, 2005).

Evidentemente, quién habla y cómo habla no es un detalle a la hora de establecer la validez de un conocimiento. Quienes comenzaron a pensar el saber científico desde lugares diferentes al dominante, entendieron que este punto era fundamental para legitimar sus objetos y métodos de conocimiento.

A mediados del Siglo XX la ciencia dejó de considerarse algo estático, ajeno a los avatares de lo humano y de la historia (Hacking, 1997: 21). Las décadas del '60 y '70 fueron tiempos convulsionados y de cambios, y el conocimiento científico también se vio impactada por estos procesos. Algunas corrientes dentro de las ciencias humanas y sociales comenzaron a repensar sus objetos y métodos, y a romper con su carácter de "hermanas menores" de las ciencias físico-naturales, siempre buscando adecuar su abordaje a los parámetros de científicidad dados por el positivismo (Belvedresi, 2002). Las ciencias sociales y humanas se erigieron en un ámbito privilegiado para cuestionar lo establecido, retar a las normas del método científico tal como las había establecido el empirismo lógico, experimentar nuevos horizontes, proponer alternativas diversas.

Como explica Wallerstein las personas que eran estudiadas comenzaron cada vez más a dialogar y cuestionar a los/as investigadores/as, hasta desafiar las pretensiones de universalismo y objetividad que dominaban en las ciencias sociales (Wallerstein, 2001). En este escenario fue posible que otros puntos de vista emergieran, vinculados a la perspectiva de mujeres, negros/as, no occidentales, tercermundistas. Los feminismos - entre otras voces disidentes - cuestionaron la capacidad de las ciencias sociales masculinas y eurocéntricas para explicar la realidad de las mujeres.

La tradición científica occidental busca explicaciones ciertas y verdaderas. Esta tradición construye *"un enfoque de lo real en el que basa los argumentos y las conclusiones que harán el punto de vista propio incuestionable e irrefutable, inmortal y definitivo"* (MacKinnon, 1995: 188). En las sociedades patriarcales el punto de vista masculino *"domina la sociedad civil en forma de patrón objetivo (...) que, puesto que domina en el mundo, no parece en absoluto ser un punto de vista"* (MacKinnon, 1995: 429). El dominio heteropatriarcal-masculino, por tanto, se presenta como característica "natural" de la vida, y no como interpretación unilateral impuesta en beneficio de un grupo sobre otros. En la medida en que se convierte en parte del ser (ontológico) ya no es visto como un punto de vista (episteme). En pocas palabras: el control sobre el ser es el control sobre la conciencia. De este modo, MacKinnon concluye que el punto de vista masculino se vuelve objetivo porque refleja precisamente lo que "son" las cosas: en la ley, en la ciencia, en la política, en la vida cotidiana. El dominio ontológico puede tener éxito sólo si controla lo epistemológico, lo que produce que toda creación de conciencia o pensamiento diferente se vuelva amenazante (MacKinnon, 1995).

En la historia de las ciencias muchas mujeres buscaron teorizar sobre sus condiciones de opresión, pero sólo algunas mujeres privilegiadas o excepcionales lograban acceder al conocimiento, hasta que en la década de 1960, las mujeres ingresaron masivamente a las universidades y, por tanto, a formar parte de las comunidades científicas. La teoría y la investigación feministas contemporáneas surgen en esos años, de la mano de la (auto)denominada Segunda Ola del movimiento feminista blanco, fuertemente relacionadas con su práctica política.

Estas feministas, a través del trabajo en los grupos de reflexión de mujeres sobre las experiencias propias y de las demás congéneres, fueron construyendo un ámbito e instrumentos para evidenciar y buscar explicaciones propias a la situación de opresión en que vivían. La academia y el saber científico eran otros ámbitos en los que las mujeres debían insertarse y hacer uso, el objetivo era desarrollar conocimientos nuevos, distintos y legítimos, con métodos propios, fundar un saber no sexista, que diera cuenta de la realidad y del punto de vista de “las mujeres”, a través del cuestionamiento de la vida cotidiana, la politización de lo que se consideraba individual y privado como experiencia común de opresión, y por lo tanto condición de posibilidad para la acción colectiva. El estrecho lazo entre teoría y política, puso a los feminismos en un lugar desfavorable para adquirir el status de productor de conocimiento científico desde los parámetros establecidos por el paradigma dominante en las ciencias humanas y sociales (Barrett y Phillip, 2002; Harding, 1994)⁷. Las feministas entonces comienzan a criticar los universalismos y la objetividad que las excluía, ya que se trataba de particularismos encubiertos y opresivos, donde quienes detentaban el poder social veían e imponían su punto de vista como universal. Una de las críticas fundamentales consiste en la búsqueda sistemática de las articulaciones entre saber y poder (Wallerstein, 2001: 63).

Este cuestionamiento fue abordado en un primer momento “desde dentro”, con las normas de científicidad imperantes, aunque agregando la perspectiva de la “problemática de las mujeres” (Barrett y Phillip, 2002; Harding, 1994)⁸. Esta

⁷ Según Toulmin, el paradigma científico dominante en el siglo XX está basado en los parámetros de científicidad de las ciencias físico-naturales del siglo XVII, y en el modelo de ciencia “pura” o “suprema” platónico, que tiene como meta la teoría abstracta y universal. Este modelo - a diferencia del feminismo - distingue entre teoría y práctica, entre lo abstracto y lo concreto, como dos planos de órdenes diferentes, uno para la ciencia y el otro para la política. Además contrasta y da mayor valor científico a las leyes intemporales que a las preocupaciones locales o temporales; busca imponer sus exigencias de objetividad en todos los campos de investigación que pretendan ser científicos; e impone la condición necesaria de no involucramiento de quién investiga con los objetos o los sujetos investigados/as (Toulmin, 1996: 438).

⁸ El feminismo se dividía en tres corrientes de pensamiento teórico y político principales: liberal, socialista y radical. Como indican Barrett y Phillips, estas tres vertientes, coincidían con la ciencia moderna en lo que consideraban pertinente en relación al qué y al cómo preguntar sobre la realidad. Al igual que el modelo científico lógico-positivista, las preguntas giraban en torno a la explicación, específicamente a las causas de la opresión de las mujeres. Las tres corrientes acordaban en que el origen era estructural y daban por sentado lo que se entendía por “opresión” y por “mujer”. En lo que se diferenciaban era en sus respuestas. A muy grandes rasgos, y de manera muy esquemática se puede decir que para el feminismo radical la causa de la opresión era el control masculino de los cuerpos de las

perspectiva buscaba establecer los cimientos de una praxis y de una teoría basada en la vida y experiencias de las mujeres, como señala MacKinnon *“Desde el punto de vista feminista, la cuestión de la realidad colectiva de las mujeres y cómo cambiarla se funde con la cuestión del punto de vista de las mujeres y cómo conocerlo”* (MacKinnon, 1995: 433).

La idea era denunciar la exclusión de las mujeres como sujeto y objeto de la ciencia, de la política, de la economía, de la historia, etc. mostrando que no sólo habían recibido poca atención, sino que también habían sido representadas erróneamente. Proliferaron los estudios que describían la situación de la mujer en la sociedad; pero lo hacían desde lo que Sandra Harding llama el punto de vista *empirista feminista*, según el cual los prejuicios sexistas se podían eliminar adhiriendo estrictamente a las normas metodológicas de la investigación científica (Harding, 1994).

En esta primera etapa no se llegó a poner en cuestión los valores de la ciencia, sino que el conocimiento producido por las feministas se adaptó al proyecto científico en desarrollo. Sin embargo, el avance en los estudios en el campo de la ciencia y la introducción de feministas en la comunidad científica, hizo evidente la necesidad de establecer una crítica a los fundamentos mismos del modelo dominante. No se trataba simplemente de un lugar presuntamente neutro hegemonizado por varones que obstaculizaban el ingreso de las mujeres. La ciencia misma, los modelos de producción del conocimiento y los métodos en que se basaba, eran patriarcales y masculinizantes. Las mujeres debían perder su especificidad para incluirse en un sistema que acordaba con ciertos parámetros para los cuales la política no puede ir unida con la ciencia, el compromiso no puede ir ligado a la objetividad, y las explicaciones ligadas a una perspectiva específica no eran factibles de universalización, más allá del grupo particular de “las mujeres”. Esta nueva postura, permitió a las feministas teóricas y académicas profundizar en la crítica a los postulados fundamentales de la ciencia occidental, y su discurso basado en polos dicotómicos: universalismo vs. particularismo, objetividad vs. parcialidad, neutralidad vs. posicionamiento (Lamas, 1999)⁹.

Hacia mediados de los años '80, en el marco de una crisis general de las ciencias sociales surgen nuevas voces que vuelven el punto de vista feminista altamente complejo y heterogéneo (Wallerstein, 2001). Los feminismos venían reflexionando en relación a su pasado y a su presente, e incluso recuperando puntos de vistas diferentes

mujeres, para el liberal el sistema patriarcal de herencia y para el socialista la necesidad del capitalismo de disponer de mano de obra dócil y barata (Barrett y Phillips, 2002).

⁹ Esta crítica hacia el interior del “feminismo moderno”, también se vio influenciado por las diferentes corrientes de pensamiento existentes. Por ejemplo, desde el posestructuralismo, la crítica feminista se centró en el cuestionamiento de los principios epistemológicos androcéntricos y sexistas del pensamiento occidental; usaron la desconstrucción para hacer un nuevo tipo de investigación, desarmando los códigos patriarcales de la ética y la política y cuestionando las estructuras simbólicas que rigen las prácticas humanas (Lamas, 1999).

y disidentes a la posición hegemónica del feminismo blanco estadounidense de los '70 (Harding, 1994). Los consensos dominantes se rompieron, y el cuestionamiento impactó hasta en las bases teóricas y las convenciones mismas del modelo establecido de la investigación feminista. Del mismo modo que se venía cuestionando la supuesta neutralidad del punto de vista masculino y el varón como modelo de sujeto universal, se oyeron voces que denunciaban la existencia de un sujeto/objeto de investigación hegemónico y se criticó la uniformidad de la categoría "mujer" (blanca, burguesa, del norte global) por excluyente, racista, eurocéntrico, universalista (Lugones, 2012). Es decir, surgieron al interior de los feminismos una serie de polémicas relativas a la (in)visibilidad de otras sujetas que no habían sido consideradas previamente en los discursos feministas. Se hizo visible el juego entre las relaciones de poder y los criterios de cientificidad: la crítica al punto de vista masculino de la ciencia había operado como un homogeneizador respecto de las diferencias tanto políticas como ontológicas entre las mujeres. Se empezó a considerar que las condiciones de las mujeres diferían de acuerdo a otros determinantes y opresiones, como la sexualidad, la raza, la etnia, el origen y ubicación geopolítico, la clase, la religión, etc. y emergen una diversidad de feminismos buscando también legitimidad (Bartra, 1998).

Las miradas críticas de las latinoamericanas, de las negras, de las lesbianas se fueron acrecentando y conmoviendo la perspectiva dominante dentro del campo de la teoría feminista, ya no se trataba de un feminismo sino de feminismos en plural, donde las opresiones son múltiples e interseccionales, donde las categorías de raza, sexo, clase, sexualidad son co-sustanciales de la condición de opresión y no simples adicionales. Señala Ochy Curiel (2012: 19): *"Inspiradas en estas mujeres, lesbianas afros y chicanas, hoy muchas feministas, tanto en la academia como en el movimiento social, en esta región latinoamericana y caribeña, intentamos continuar esa genealogía, desde una mirada integral, pues entendemos que estas categorías se superponen no solo en las experiencias de muchas mujeres, sino en la propia historia de nuestro pueblo"*. A su vez, los feminismos dejaron de centrarse exclusivamente en las mujeres y sus especificidades, y fueron ampliando sus inquietudes hacia otros horizontes: el de las relaciones, la diversidad, las subjetividades, el Estado, la economía, las críticas a la propia categoría de género surgida de su seno para darle legitimidad en el mundo académico (Jaggar, 1996).

En definitiva no hay una perspectiva feminista homogénea ni simple, sino que se trata de diferentes posiciones dentro del campo de las teorías feministas, que han ido adquiriendo densidad y matices, proveniente de múltiples raíces, genealogías y tradiciones teóricas y políticas. En este marco es que se va construyendo una perspectiva crítica feminista para leer las políticas pública: en diálogo y polémica con las tensiones internas dentro del campo de los feminismos, conservando su herencia crítica y advirtiendo contra la idea - actualmente muy difundida - que pretende eliminarla y utilizar una de las definiciones de la categoría de género como el emblema de una nueva "normalidad" o "neutralidad" conquistada (de Lima Costa, 2000).

La mirada de género

En lo cotidiano, el ser mujer o ser varón es vivido como un rasgo natural del ser y no como interpretación, intervención cultural o identidad adquirida socialmente. Es decir, que el género se experimenta como algo ontológico y no como una construcción ideológica, histórica y social. En los años '80 el feminismo anglosajón impulsó el uso de la categoría *gender* (género, en castellano) con un objetivo *científico*: conocer mejor la realidad social desde un punto de vista que permitiera diferenciar las construcciones sociales, relacionales y culturales de la biología; y un objetivo *político*: criticar la idea de que las características de las mujeres se derivan “naturalmente” de su sexo anatómico¹⁰. De este modo se suponía que la distinción sexo/género servía para enfrentar al determinismo biológico y desarrollar argumentos teóricos a favor de relaciones igualitarias. El uso del concepto se fue extendiendo y en los '90 alcanzó diversos ámbitos no circunscriptos al/los feminismo/s (Lamas, 1995). A medida que el término adquiría popularidad fue foco de críticas y controversias al interior mismo del campo feminista, tanto por los límites de la categoría para referirse a situaciones de gran complejidad, como a las formaciones y deformaciones que ha ido experimentando al ser tomado en ámbitos con compromisos diferentes al del(los) feminismo(s) (de Lima Costa, 2000).

Desde los organismos internacionales, se tomó el concepto de género como una forma de neutralizar y no mencionar al feminismo, siendo uno de sus costados más criticado la pérdida del contenido subversivo que sufrió al ser incorporado en el léxico institucional en los años '90. La categoría de género se convirtió en un caballito de batalla en las recomendaciones para las políticas de desarrollo, que se la utiliza para hacer referencia a la situación de las mujeres de forma unívoca y no relacional; sin mencionar los procesos que lleva a las mujeres a ocupar los lugares más desventajosos en las sociedades (Rosenberg, 1997; Falquet, 2004).

La crítica del determinismo biológico y de la ilusión de naturalidad que impulsa a creer que las prácticas culturales y sociales derivan de la anatomía ha sido y es uno de los temas recurrentes del/los feminismo/s. Si la anatomía es destino, las mujeres tienen por destino “natural” la maternidad. Las determinaciones sociales y subjetivas de género – entre ellas las connotaciones que portan las prácticas maternas -, estructuran las relaciones sociales en todos los ámbitos, atraviesan todos los órdenes que configuran una sociedad, esto es, lo social, lo económico, lo político; y no sólo aquello relativo a lo doméstico o del cuidado (Scott, 1993; Lamas, 1995; Ciriza, 2005). Es decir que estructura la división sexual del trabajo en productivo-remunerado y trabajo reproductivo no remunerado, siendo las mujeres responsables de este último. Pero también determina la división y distribución de las tareas al interior del empleo remunerado reservando lugares específicos para mujeres y para varones. En este

¹⁰ Si bien paralelamente la corriente francesa ponía el acento en la *diferencia sexual*, tomamos la categoría de *género* porque es la que se ubicó en los discursos de los organismos internacionales y en los gobiernos para el diseño de las políticas sociales en América Latina (de Lima Costa, 2000).

sentido las relaciones desiguales de género dan lugar a modos de explotación, marginación y pobreza que poseen características políticas, económicas y culturales específicas. La desvalorización de lo femenino, el androcentrismo y el sexismo, se institucionalizan en el Estado y en la economía, y determinan la participación en todos los ámbitos de la realidad social, económica, política y cultural (Fraser, 1997; Mackinnon, 1995).

De este modo, los feminismos buscan desnaturalizar, tanto desde el punto de vista teórico como en las intervenciones sociales, el carácter jerárquico atribuido a la relaciones entre los géneros y mostrar que todo aquello que ordena las jerarquías entre mujeres y varones, son construcciones sociales que establecen las formas de relación entre las personas de distintos géneros y dictaminan lo que cada sujeto, debe y puede hacer o no, de acuerdo al lugar que se le asigna a su género en la sociedad. Es decir: la mirada de género desnaturaliza la idea dominante de que existe una equivalencia entre mujeres, madres y familia. De allí su importancia para la lectura de las políticas públicas, y las políticas sociales, concebidas como intervenciones del Estado sobre la vida de las mujeres.

Retomando: las mujeres han sido históricamente pensadas como las encargadas de la reproducción. En cambio, el Estado ha sido pensado como ajeno a la vida de las mujeres que se desarrolla en el ámbito privado-doméstico, como el lugar de lo público y de formulación de políticas destinadas a la ciudadanía constituida por sujetos neutros y descorporizados. Esta característica histórica del Estado lleva a que las políticas dirigidas hacia las mujeres sean consideradas como políticas no sólo específicas sino particulares. De este modo, el punto de vista de género feminista viene a iluminar algo que no era perceptible hasta hace unos años: que la política del Estado está sexualmente marcada. Para abordar el tema de la marca sexual de la relación entre Estado y mujeres a través de las políticas públicas y sus efectos en las relaciones de género, nos detendremos en la noción ciudadanía.

Ciudadanía como nexo entre el Estado y las mujeres:

Si bien los debates sobre la ciudadanía, en los últimos años, han producido una multiplicidad de sentidos tendientes a desligar la articulación entre ciudadanía y derechos, nuestro punto de partida es la noción de ciudadanía heredada de Thomas H. Marshall, que consiste en asegurar que cada persona sea tratada como miembro pleno de una comunidad de iguales. Para asegurar este tipo de pertenencia se otorgaría a los/as individuos/as un número creciente de derechos ciudadanos, no sólo derechos políticos sino también civiles y sociales (Jelin, 1996; Jenson and Sineau, 2001; Ciriza, 2002). Esta noción permite ver la condición de ciudadanía como un conjunto de derechos que se les atribuye a las personas en relación a un Estado; y además, al presentar al/la ciudadano/a como miembro de una comunidad brinda herramientas para analizar el tema de la relación entre Estado y mujeres, y más específicamente el tema de las políticas públicas.

Alejandra Ciriza ha reflexionado extensamente desde una visión feminista y marxista sobre la cuestión de la ciudadanía de las mujeres (Ciriza, 2002; 2005; 2008). La autora señala que las ideas de igualdad y de legalidad están vinculadas históricamente a la emergencia del orden político moderno: la figura del “ciudadano” como sujeto portador de derechos se contrapone a la del “súbdito”, una persona que está sujeta a un Señor y sólo tiene obligación de obedecer. Contrariamente los/as ciudadanos/as tienen todos/as los mismos derechos y son considerados/as como si fueran iguales en el orden de la ley. De ahí el carácter central de los derechos políticos en los albores de la modernidad: lo que está en la base de la emergencia de la noción de ciudadanía es la discusión por la soberanía. A diferencia del orden monárquico teocrático, en las sociedades republicanas - democráticas modernas, el poder viene del pueblo, y el pueblo está formado por individuos libres e iguales que delegan en un tercero el ejercicio del poder. En el pueblo reside la soberanía y que por tanto está sujeta a la voluntad libre de los individuos-ciudadanos que pueden instituir la autoridad o deponerla (Ciriza, 2008).

La autora retoma la crítica de Marx a la noción de ciudadanía burguesa: el orden burgués considera “al ciudadano” abstracto como diferente del burgués concreto, como estratagema a través de la cual es posible pensar que la libertad política es diferente de los cuerpos, de las condiciones materiales de existencia, que permiten que un sujeto sea libre políticamente (Ciriza, 2008). En este sentido establece una serie de paradojas que permanecen presentes en los debates en torno a la ciudadanía: la sustitución del privilegio por el derecho, la escisión entre ser mujer y ser ciudadanas, la abstracción de los derechos políticos de las condiciones materiales de existencia, la existencia de un sujeto sexualmente neutro y las marcas corporales que se resisten a desaparecer: *“Feministas, proletari@s, colonizad@s, subaltern@s de todo tipo combatirán en el borde de la contradicción de un orden que se proclama igualitario a la vez que realiza exclusiones, desiguales distribuciones del poder y organiza inequitativas posibilidades de satisfacción de las necesidades. Como Marx señala, los sujetos tienen como citoyens derechos que, en su condición de mujeres y hombres reales, el orden establecido les niega”* (Ciriza, 2008: 55-56).

Si bien la noción de ciudadanía porta límites, sobre todo cuando está ligada a la visión central de la política, también da lugar a avances en la lucha de las clases oprimidas y sectores subalternos ya que significó un momento de mediación, en la expresión de la dominación. En palabras de Fleury: *“Históricamente, si por un lado la ciudadanía, en cuanto relación individual de derecho entre el ciudadano y su Estado, fue la negación de la existencia de las clases sociales, por otro lado, su reconocimiento fue absolutamente imprescindible para la constitución, organización y lucha de las clases dominadas”* (Fleury, 1997: 53)¹¹. Esta relación entre “individuos igualados”

¹¹ Sonia Fleury indica que la ciudadanía como relación entre “individuos igualados” formalmente y el Estado es, por una lado, una condición para la reproducción del orden social en cuanto oculta la lucha de clases y la existencia de las relaciones contradictorias de explotación - y podemos agregar la opresión de género y racial -, y, por otro, afirma la aparente división de lo privado y lo público como dos espacios sociales separados, el primero habitado por individuos y el segundo por ciudadanos. De la misma

formalmente no sólo dio lugar a la crítica al orden burgués por parte de las clases explotadas, haciendo visible el carácter histórico y social de las desigualdades, sino que también hizo posible que las mujeres demandaran por un lugar en los derechos humanos (Ciriza, 2002; 2008).

A partir de los años '80 la idea de la ciudadanía plena, como compromiso de igualdad de derechos sociales, se volvió controvertida: la reestructuración económica y política alteró la noción de ciudadanía y los derechos que conlleva en un sentido profundo. La crítica (neo)conservadora/(neo)liberal a la noción de ciudadanía pretende producir un corte en la relación entre ciudadano y derecho. El neoliberalismo proclama que los/as ciudadanos/as tienen obligaciones y que la noción pasiva de ciudadanía, consentida por el excesivo intervencionismo estatal - esto es la idea del derecho a tener derechos como base de la ciudadanía - ha contribuido a generar sujetos que no se esfuerzan por conseguir los medios de su subsistencia, sino que esperan pasivamente que el Estado se los provea. En este sentido, los/as ciudadanos/as deben hacerse cargo de sus obligaciones y la garantía de los derechos ya no viene dada por el hecho de pertenecer a un territorio determinado, sino que es directamente proporcional a la capacidad impositiva, a la contribución, es decir que se basa en el "mérito". Para el neoliberalismo-neoconservador la idea pasiva de ciudadanía hace a los/as sujetos holgazanes/as y aprovechados/as, en cambio, lo que llaman una "ciudadanía activa" se basa en que cada sujeto tenga tanto derechos como merezca en función del esfuerzo personal o corporativo, lo que paradójicamente se mide por su "éxito económico" y su participación en el mercado (Ciriza, 2008: 55-56). Estos cambios en la relación entre los Estados y los/as ciudadanos/as, y entre los Estados, los mercados, y la sociedad tiene claras consecuencias en los valores fundamentales que definen la ciudadanía, donde los mecanismos democráticos de toma de decisión dan paso a la elección privada (de personas, grandes empresas o monopolios) o a la acción grupal por asociaciones u organizaciones de la comunidad (Jenson and Sineau, 2001).

Asimismo, los procesos materiales de mundialización capitalista y la expansión del nuevo derecho internacional resquebrajaron la relación entre condición de ciudadanía y nacionalidad, cuando los límites de los Estados-nación se vieron corroídos cada vez más por la injerencia de los organismos de financiamiento internacional, de las multinacionales y de los organismos de defensa de los derechos humanos. Ha florecido a nivel global una retórica sobre el reconocimiento de derechos que décadas atrás era inimaginable, pero en el marco de Estados que coinciden con las ideas de que son los/as ciudadanos/as depositarios/as de la responsabilidad sobre sus condiciones de existencia. Estos nos ubica ante una paradoja: los derechos se han ampliado, pero no hay quién se responsabilice de su garantía.

manera se puede decir que el Estado consagraría la separación entre el ciudadano público y la mujer doméstica. El Estado sería entonces el desarrollo último de la contradicción fundamental entre el carácter social del proceso de trabajo y la apropiación privada de los medios de producción y del producto del trabajo realizado por el trabajador/a directo/a, lo que hace del Estado el soporte místico del interés general, y de la ciudadanía una expresión de esta contradicción (Fleury, 1997).

La redemocratización de América Latina se dio en el marco de la profundización del modelo neoliberal y sus consecuencias adversas para el conjunto de la población. Sin embargo insistimos en hablar de derechos ciudadanos de las mujeres aunque se trate de en un contexto general de desventajas para toda la población. Porque si bien, en los '80, los procesos democráticos y la transformación de las instituciones y las relaciones sociales, han significado para las mujeres una amplia gama de transformaciones sociales, legales y políticas (Pateman, 1996), siguen siendo ellas las más afectadas por las situaciones económicas y sociales adversas.

En el caso argentino, los procesos de restauración democrática, pusieron en el foco la idea de ciudadanía y derechos humanos, en un escenario donde la ampliación de los derechos se da, paradójicamente junto con la reducción de los canales estatales de garantía. En 1985 con la suscripción de la *Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación Contra la Mujer* (conocida por sus siglas en inglés como CEDAW) parecía que había llegado el momento de las mujeres puesto que dentro del repertorio de las nuevas prácticas del gobierno democrático y de los derechos ciudadanos aparecían una serie de avances legales e instituciones específicos para las mujeres. Sin embargo las expectativas en torno a la nueva ciudadanía de las mujeres, se produjo en un contexto de crisis económica que las ubica en un lugar de vulnerabilidad, y no se tradujo en políticas que efectivamente impulsaran el “adelanto de las mujeres”, cuestión que se ha ido materializando la permanente tensión entre derechos formales y garantía reales. En esta tensión se inscriben las políticas públicas como intervenciones concretas del Estado sobre la vida de las personas.

Las políticas públicas como campo de tensión entre los derechos y su garantía:

Las políticas públicas son un vínculo entre el Estado, la sociedad y el mercado. Este vínculo no es neutral ni tampoco imparcial, porque implica sujetos sociales (la burocracia estatal, las distintas fracciones de la burguesía, los trabajadores/as, los movimientos sociales, instituciones religiosas, organismos internacionales, etc.) que detentan posiciones e intereses desiguales y diferentes.

No entendemos al Estado como un actor separado y por encima del conjunto de la sociedad, cuya intervención es una mediación imparcial; o como si fuera el mero reflejo de los intereses de las clases dominantes. Por el contrario, consideramos al Estado como arena de negociaciones y articulaciones políticas, como parte constitutiva del conflicto social cuya intervención es efecto de las relaciones de fuerza que están en pugna en la sociedad (Oszlak, 2004: 15-18).

La escisión entre economía y política que se produce en el capitalismo hace aparecer al Estado, lugar en el que el pueblo deposita la autoridad legítima, como representante del interés general, cuando, en realidad, lo que hace es asegurar la

reproducción ampliada del capital¹². Del mismo modo que el Estado capitalista se presenta como representante del interés general, se presenta como neutral desde el punto de vista sexual. Como niega el carácter de clase, presentándose como representante del interés general, el Estado se presenta como sexualmente neutro. Las mujeres aparecen como los únicos cuerpos sexuados de la humanidad.

Dentro del campo de los feminismos existen dificultades para trabajar en torno al Estado. Las posibilidades de teorizar sobre el Estado han estado sujetas a la historia de la relación entre las feministas y el Estado, basada muchas veces en una tradición antiestatalista. Las feministas, como en gran medida las mujeres, siempre se han organizado y creado redes de solidaridad. Pero estas organizaciones y redes tienen características propias dadas por su historia como movimiento social (Bareiro, 2012). En cuanto reivindican la autonomía, la horizontalidad, la autodeterminación, la independencia y el cuestionamiento de los poderes dominantes, sus reglas y estructuras, son en cierta medida anti-jerárquicas, anti-estado, comunitarias e inclusive anarquistas (Hernes, 2003: 24).

Recién en los años '80 aparecen algunos atisbos de teoría feminista sobre el Estado. Un aporte substancial fue el de Catharine Mackinnon quien propone realizar una teoría general sobre el Estado desde un punto de vista feminista radical. En *Hacia una teoría feminista del Estado* la autora argumenta que no existe una teoría feminista del Estado sino que las feministas habían oscilado entre la adopción de un punto de vista marxista, en su versión más primitiva, y un punto de vista liberal, por lo que consideraba necesario realizar una crítica feminista a la teoría del Estado basada en una comprensión diferente de la Ley (Mackinnon; 1995). También se han elaborado otros trabajos que tratan de análisis de casos concretos, respondiendo a los avatares y las condiciones históricas en las cuales las mujeres han tenido que luchar por sus derechos de cara al Estado, como *El Sexo Natural del Estado. Mujeres: Alternativas para la década de los 90* compilado por Silvia Chejter y *Las Mujeres y el Estado*, donde Ane S. Sasson compila una serie de trabajos vinculados a las perspectivas y contradicciones en el debate en torno a las mujeres, el Estado moderno y la sociedad contemporánea en los países escandinavos donde el Estado de bienestar tiene una historia de gran fortaleza (AAVV; 1996 [1987]). Entre las autora escandinavas el libro de Helga Hernes (2003) introduce el tema del poder en el estudio del Estado en cuanto la política, actividades estatales y poder se relacionan conceptual y empíricamente, y dan lugar a una serie de decisiones políticas que influyen sobre la organización y el desarrollo social.

¹² La reproducción ampliada del capital hace referencia a las actividades y factores que contribuyen a la acumulación de capital, pero que no son inmediatamente visibles en el proceso de producción, es decir que no se vinculan directamente con la relación capital-trabajo. Gran parte de estas actividades y procesos "no productivos" se realizan en el ámbito doméstico, a través de las tareas de las que las mujeres son responsables, es decir la crianza y el cuidado de las generaciones de trabajadores/as presentes y futuras (Fleury, 1997).

Por otra parte es importante mencionar las contribuciones de Carole Pateman en torno a *El contrato sexual* publicado en 1988, donde explica el origen de la neutralización política realizada en el orden político moderno a través de lo que llama un contrato sexual, que ubica a las mujeres en el ámbito doméstico y les otorga un lugar secundario en el ámbito público (Pateman, 1995). También ha realizado críticas sobre la división entre público y privado en el orden social moderno y, más recientemente, aportes en el campo de las políticas públicas en diferentes artículos sobre la renta básica (Pateman, 1996; 2005).

El Estado es a la vez un espacio y un conjunto de procesos, que envuelve un juego contradictorio de posiciones, representadas por y en distintos órganos y sectores de la burocracia estatal. Las políticas públicas son el resultado de la configuración de las relaciones de fuerza existentes en cada momento, pero en definitiva son elaboradas, diseñadas y ejecutadas por quienes detentan el poder en el Estado. La burocracia estatal es al mismo tiempo arena de lucha política, (donde alternan diferentes actores representando intereses privados); y actor social con iniciativas, interlocutora de otros/as actores, intérprete de un conjunto de directrices políticas.

El campo estatal es un lugar ineludible para el movimiento de mujeres/feministas. Se trata, al decir de Oszlack, de la principal institución social capaz de desplegar los recursos humanos, organizacionales y tecnológicos necesarios para afrontar la mayoría de los desafíos que se presentan en las sociedades (Oszlack, 2006, pág. 19). Las formas y funciones que toma en cada momento y lugar determinado, el Estado y su burocracia, sus acciones y a quién se dirigen, son un producto histórico resultante de confrontaciones y disputas en torno a quién obtendrá qué y cómo. En ciertas circunstancias, las condiciones de instalación de un tema implican, para las interesadas, ponerse en relación directa con los/as funcionarios/as, porque en definitiva son quienes hacen y ejecutan las políticas. Oszlack señala que la burocracia pública es la expresión material del Estado, quienes la integran son actores que intervienen en los procesos políticos que dan lugar a las políticas, inclusive toman posiciones, realizan alianzas, desarrollan estrategias y ponen en acción sus recursos para hacer prevalecer sus posiciones, objetivos e intereses frente a otros (Oszlack, 2006, págs. 13-21). Esta simultaneidad de papeles del accionar de la burocracia estatal, muestra cómo las políticas no son simples respuestas a problemas determinados, sino que son parte constitutiva de los procesos a partir de los cuales se establecen y se ponen en relación los diferentes sujetos sociales en la arena política (Fleury, 1997: 175-176).

Las políticas sociales se diseñan, en función de la búsqueda de consenso o de la necesidad de coerción en torno a situaciones que son asumidas como socialmente problemáticas, ligadas muchas veces con la distribución de bienes económicos y/o simbólicos. En el caso de las mujeres, puede tratarse por decirlo en los términos de Fraser de distribución económica o de reconocimiento de derechos (Fraser, 1997).

La intervención del Estado condiciona la vida de la población, pero no sólo porque determina las prioridades sobre el uso (o no), de ciertos bienes y servicios, sino porque además establece cuál es el punto de vista válido para decidir quién tiene derecho a qué y quién no, y de este modo entabla relaciones simbólicas con la sociedad y transmite la ideología considerada válida. Tal posición no sólo afecta los criterios establecidos respecto de la distribución de los bienes, los servicios, los derechos, sino también las representaciones acerca de los/as sujetos de derecho, es decir quién tiene derecho a qué y cómo accede a ese derecho (Minujín y otro, 1996; Vargas Flood, 1995).

En este sentido se introduce la cuestión del poder, no es lo mismo tener mucha, poca o nada incidencia en las decisiones políticas, y esto para todas/os/xs las/os/xs sujetos/as/os/xs subalternos es de radical importancia. Como señala Hernes: *“Existe una considerable diferencia entre no tener poder y tener un poco de poder, la diferencia entre estar fuera de los foros de decisión y ejecución o ser una parte de ellos. La gente con poco poder puede perder la mayoría de las batallas, sin embargo, participan al menos e imponen ciertas condiciones”* (Hernes, 2003, p.21-22).

Nancy Fraser, en su análisis sobre la justicia introduce una tercera dimensión a las ya conocidas dimensiones económica y cultural. Se trata de una dimensión política que hace referencia a la cuestión de la representación que determina el qué, el quién y el cómo de la justicia. Refiere a la cuestión de la representación en dos niveles: uno que tiene que ver con la pertenencia social (exclusión o inclusión de la comunidad que tiene derecho a algo) y otro relativo a las reglas y procedimientos que estructuran los procesos de confrontación, donde se dirimen las condiciones en las que quienes pertenecen a una comunidad plantean sus reivindicaciones y arbitran sus disputas (Fraser, 2008).

El movimiento de mujeres y feminista, como otros movimientos sociales, viene desplegando nuevas dimensiones de la justicia que ponen en cuestión y buscan transformar lo que “normalmente” se entiende por justo, para quién es justo y cómo se plantean y se arbitran las reivindicaciones. Las feministas, señala Line Bareiro, han transformado las competencias del Estado, y esto ha sido posible por el impulso de la participación política y social de las mujeres, con la denuncia de la discriminación y la politización de “problemas” considerados como privados, individuales y circunscripto a la esfera doméstica. Aclara esta autora que no es que antes el Estado no haya tenido injerencia en los asuntos de la intimidad, sino que era sólo para proteger la potestad del varón, y esto es lo que se ha modificado en cierta medida (Bareiro, 2012). Basta pensar en asuntos como la violencia contra las mujeres o la segregación laboral. Unas décadas atrás si un marido, un padre, un hermano golpeaba o violaba a su cónyuge, hermana, hija, era considerado un asunto privado en el que el Estado no debía intervenir. Del mismo modo entender el salario y el empleo de las mujeres como adicional o secundario en relación al del varón proveedor daba posibilidad a los/as empleadores/as a pagar menos a las mujeres sin que el Estado tuviera competencia, ni siquiera siendo él mismo empleador. Si pensamos en los debates en torno a la

contracepción quirúrgica y a la anticoncepción se ha dirimido el argumento de que si los maridos debían autorizar la práctica de las mujeres casadas. Es decir, que la consideración de que el varón tiene potestad sobre las decisiones y los cuerpos de “su” mujer y “su” familia, ha sido y es, una idea que ha calado profundo en el imaginario colectivo y los feminismos han contribuido en el proceso de desmantelamiento.

Es decir que la definición que se haga, desde el Estado, de las políticas sociales es provisoria, en cuanto depende de la forma y función del Estado, del momento histórico, de las relaciones de fuerza. Por ello en algunas coyunturas éstas pueden tener como objetivo garantizar los derechos sociales de los/as ciudadanos/as, mientras en otros momentos pueden tomar la forma de políticas paliativas, que tienen como objeto atender alguna situación particular que se considera desventajosa. No es lo mismo una política social o de género en un Estado intervencionista, socialista o en un modelo neoliberal, en un Estado fuertemente patriarcal o en uno con sensibilidad hacia las diferencias de género.

En la práctica estatal concreta las políticas sociales son pensadas como políticas sexualmente neutras dirigidas a la atención de la pobreza y la vulnerabilidad; mientras que las políticas “de género” o con componentes de género son aquellas dirigidas a las mujeres como si portar un cuerpo sexuado fuera una particularidad de algunos cuerpos. En este último sentido también se hacen circular por caminos paralelos las políticas para los pueblos indígenas o sujetos/as racializados/as, en relación al color de piel o la cultura, sin que se considere la consustancialidad de las opresiones y explotación. Estas políticas se inscribirán las unas en el campo de la redistribución (con su marca de clase) y las otras en el campo del reconocimiento (vinculadas a la diferencia de género sexual o cultural). Esta ilusión de compartimentos estancos exime a la burocracia estatal y a sus funcionarios/as de hacerse cargo de que clase, racialización y género están fuertemente imbricados.

Como indica Danièle Kergoat, para visibilizar el papel de las mujeres en todos los ámbitos es necesario plantear un análisis que permita articular la producción y la reproducción. En este sentido entiende las prácticas sociales en términos de relaciones sociales definidas como *“un conjunto coherente (pero no necesariamente consciente) de comportamientos y actitudes inidentificables en el conjunto de la vida cotidiana (conjunto que adquiere coherencia en virtud de las relaciones sociales)”* (Kergoat, 1994: 517). Para esta autora es necesario analizar en términos de *relación porque “relación significa, en efecto, contradicción, antagonismos, lucha por el poder, resistencia a considerar que los sistemas dominantes (capitalismo, patriarcado) son totalmente determinantes y que las prácticas sociales sólo reflejan estas determinaciones”* (Kergoat, 1994: 520-521). La noción de *relación* introduce una perspectiva dinámica que permite situar el problema de estudio en el centro de las contradicciones y tensiones entre grupos sociales que están modificándose constantemente. En efecto, la propuesta de Kergoat, al articular la producción y la reproducción permite trabajar simultáneamente tanto con relaciones sociales de género, racialización, como con relaciones de clase, designadas como relaciones de opresión y relaciones de

explotación; sin establecer por ello una jerarquía entre ambas, sino como siempre presentes en todas las prácticas sociales. Finalmente, la socióloga francesa nos insta a tener en cuenta que una relación social no se ejerce en un lugar determinado, sino que las relaciones de clase y de géneros sexuales nosotras agregamos de racialización) organizan la totalidad de las prácticas sociales, independientemente del lugar en el cual se ejerzan, por tanto es necesario no confundir la modalidad específica que adopta determinada relación social en determinado lugar o institución con la totalidad de esa relación social (Kergoat, 1994).

Consideraciones finales:

En este artículo hemos abordado algunos de los aportes de los feminismos al estudio de las políticas públicas y del Estado, aportes en donde los desarrollos teóricos conceptuales y las prácticas políticas son parte del mismo proceso de producción de conocimientos. En los últimos años las políticas de protección social se han convertido en un campo de debate escindido del resto de las políticas estatales, de las determinaciones sexogenéricas y de los movimientos sociales. Desde los feminismos se busca historizar la relación entre Estado y mujeres para comprender la condiciones de emergencia de esta relación, cómo se pone la cuestión en la escena política, cuáles son las fuerzas sociales que posicionan ciertas demandas en la agenda gubernamental, y las contradicciones y paradojas que surgen de la institucionalización.

Desde el punto de vista histórico la cuestión de las políticas hacia mujeres desde una crítica feminista se hizo visible en la Argentina hacia mediados de los años '80. No porque antes no haya habido políticas sexuales, sino porque estas no eran expresas. Las mujeres, como todo sujeto social, circulan entre el espacio público y privado, entre la esfera de la producción y de la reproducción, de maneras determinadas por su condición de género, de clase y de raza. Entendemos con Maxine Molyneux que para realizar un análisis de género de la relación entre ciudadanía (derechos), mujeres (activismo femenino/feminista) y el Estado el lugar donde esta relación es más ilustrativa es en la frontera entre la esfera pública y privada, donde *"los significados otorgado a lo público y lo privado y a las fronteras entre ellos, tanto en el discurso como en la práctica, han sido (y siguen siendo) un lugar de lucha para el feminismo y dentro de él"* (Molyneux, 2003: 259). Las políticas se ubican en la frontera donde el Estado (esfera política) se diferencia de la sociedad (esfera de producción) y de lo doméstico (esfera de la reproducción), esta separación fortalece los intereses económicos particulares, dando lugar al fenómeno de lo público y lo privado como esferas separadas que requieren de formas de mediación (ciudadanía), de la cual no siempre se hace cargo.

Actualmente en la Argentina retroceden las políticas de género y se amplían las políticas de protección social, aunque en ambos casos las mujeres son las destinatarias privilegiadas (Anzorena, 2013). El Estado separa aquellas intervenciones tendientes a reconocer derechos específicos, de aquellas que abordan problemas de distribución de recursos. Entre ambas se produce una relación conflictiva. La inercia de la historia hace

que desde el Estado se tienda a considerar a la población como si fuera sexualmente neutra. Cuando la cuestión de género ingresa se produce un fenómeno que, desde nuestro punto de vista, se vincula a las condiciones históricas particulares de avance de los espacios estatales de garantía de la distribución. Es decir: bajo las actuales condiciones la visibilidad de las “diferencias”, la “diversidad sexual”, las “diversidades culturales”, se presentan como si fueran independientes de la redistribución, como si las desigualdades de género no estuvieran atravesadas por injusticias económicas, e incluso por otras injusticias culturales o simbólicas. Por ejemplo que las mujeres accedan a empleos peores pagos en relación a los varones, o que las mujeres pobres tengan más dificultad para acceder a abortos seguros que aquellas con recursos económicos, o que las mujeres de color y/o migrantes tengan acceso casi exclusivo a los empleos relacionados con el servicio doméstico y la limpieza, o que salir de situaciones de violencia signifique romper con el proveedor, etc, son problemas que entrelazan de manera intrínseca la cuestión de clase, de género, de raza, de división sexual del trabajo, por lo tanto no se puede atender de manera disociada.

Teniendo en cuenta lo anterior, la determinación de clase, al igual que la de género, la de raza (así como otras condiciones sociales que sitúan a los sujetos en relaciones de dominación-subordinación) no puede aislarse en ningún análisis que verdaderamente intente dar cuenta de los procesos sociales. La clase se va constituyendo en las relaciones que se entablan en la experiencia conjunta, en el identificar intereses comunes siendo una formación tanto económica como cultural, lo que nos hace ver con más claridad que la distinción entre reconocimiento, redistribución y justicia afirmada por el Estado en su intervención es una ficción que busca restarle radicalidad a las luchas de los diferentes grupos sociales (Thompson, 2002).

Es decir, desde los feminismos se trata de pensar la realidad desde un punto de vista crítico respecto de las categorías dicotómicas dominantes, estableciendo, para las prácticas sociales, principios que introduzcan la diversidad y la contradicción en el centro de las definiciones, y no una coherencia que las suprima. De este modo se superan los determinismos y la realidad se presenta como más rica en cuanto *“la combatividad y sumisión no aparecerían, entonces, como contrapuestas (...) sino que constituirían las dos caras de una misma práctica social”* (Kergoat, 1994: 528).

Desde este punto de vista, no es de extrañar que en el campo de las políticas públicas, resalten una serie de tensiones y paradojas entre derechos adquiridos/garantías concretas, democratización/privatización del cuidado y de la seguridad social, universalismo/ particularidad, igualdad/ diferencia, distribución/ reconocimiento. Estas tensiones se cristalizan en las relaciones que entabla el Estado con la sociedad a través de políticas públicas cuyas destinatarias son mujeres. Los feminismos al mostrar que las políticas públicas se piensan como problemáticas generales que invisibilizan las relaciones de género y ocultan el papel complejo que juegan las mujeres en la relación capital/trabajo/Estado, no sólo han hecho una contribución a la cuestión de “género” o de las mujeres, sino que han hecho aportes

significativos que dan cuenta de manera cabal de la relación Estado, mercado y sociedad que estructura el sistema capitalista y sus articulaciones con las relaciones de dominación patriarcal. Ser mujer o varón, ser negro/a o blanco/a, no son meros adjetivos, sino que las diferencias corporales están profundamente articuladas a los procesos sociales

Bibliografía citada:

AAVV, ANE S. SASSON (ed.) (1996[1987]) *Las mujeres y el Estado*, Vindicación Feminista, Madrid

ANZORENA, CLAUDIA (2009). *Veinte años de políticas públicas destinadas a mujeres en la argentina. Organismos y políticas en la provincia de Mendoza (1988 – 2008)*, Tesis doctoral, FCS – UBA.

ANZORENA, CLAUDIA (2013). *Mujeres en la trama del Estado. Una lectura feminista de las políticas públicas*, Ediunc, Mendoza.

BAREIRO, LINE (2012). "Avances y desafíos para la participación política de las mujeres." En Lidera: participación en democracia. Experiencias de mujeres en el ámbito social y político en la Argentina., de Natalia (dir.) Gherardi, 27-36. Buenos Aires: ELA Equipo Latinoamericano de Justicia y Género.

BARRETT, MICHELE Y PHILLIPS, ANNE (2002). "Introducción". En: BARRETT, Michele y PHILLIPS, Anne (comps) *Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos*, Paidós, México.

BARTRA, ELI (1998). "Reflexiones metodológicas". En: Eli Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, México, UAM-Xochimilco.

BELVEDRESI, ROSA (2002). "Prólogo. Filosofía y Ciencias Sociales". En Schuster, Federico L. (comp.). *Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales*. Manantial, Buenos Aires.

CIRIZA, ALEJANDRA (2002). "Pasado y presente. El dilema Wollstonecraft como herencia teórica y política". En: Atilio Borón y Álvaro De Vita (comp.) *Teoría y Filosofía Política: La Recuperación de los Clásicos en el Debate Latinoamericano*, CLACSO – USPI, Buenos Aires.

CIRIZA, ALEJANDRA (2005). Sujeto Político, Subjetividad Individual. De los dilemas de la relación entre cuerpo real y cuerpo político en los debates feministas contemporáneos, ponencia presentada en VIII Jornadas Regionales De Investigación En Humanidades Y Ciencias Sociales, Jujuy, 18 al 20 de mayo de 2005. (Mimeo)



CIRIZA, ALEJANDRA (2006). "Las paradojas de la ciudadanía bajo el capitalismo global.: De consensos y violencias". En: *Utopía y Praxis Latinoamericana*, UPL, jul. 2003, vol.8, no.22.

CIRIZA, ALEJANDRA (2006). "Las paradojas de la ciudadanía bajo el capitalismo global.: De consensos y violencias". En: *Utopía y Praxis Latinoamericana*, UPL, jul. 2003, vol.8, no.22.

CIRIZA, ALEJANDRA (2007). "Diferencias entre los sexos. Sobre las consecuencias sociales y culturales" en *Revista CAJA de la Salud Mendoza*, Enero 2007 – Año IV – Nº8.

CURIEL, OCHY (2012). Género, raza, clase y sexualidad: debates contemporáneos. Conferencia presentada en la Universidad Javeriana.

DE LIMA COSTA, CLAUDIA (2000). *O Tráfico nas Teorias: Tradução Cultural e Prática Feminista*. En: Actas de las VI Jornadas de Historia de las Mujeres y I Congreso Latinoamericano de Estudios de las Mujeres y de Género, IIEGE, Universidade Federal de Santa Catarina, San Catarina.

FALQUET, JULES (2004) "La ONU ¿aliada de las mujeres? Un análisis feminista del sistema de organizaciones internacionales". En: *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Año X - nº 15, El cielo por Asalto, invierno de 2005.

FLEURY, SONIA (1997). *Estado sin ciudadanos. Seguridad social en América Latina*, Lugar, Buenos Aires.

FRASER, NANCY, (1997). "¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas en torno a la justicia en una época 'postsocialista'". En: *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas sobre la posición "postsocialista"*, Siglo del Hombre Editores y Universidad de los Andes, Bogotá.

FRASER, NANCY, (2008). *Escala de justicia*. Barcelona, Herder.

GÓMEZ, PATRICIA (1997). "Con, por, para... las políticas públicas son más que un cuestión de preposiciones". En: Patricia Gómez (comp.), *Mujeres en los '90. Legislación y políticas públicas*, Centro Municipal de la Mujer de Vicente López, Pcia. de Buenos Aires.

GUZMÁN, VIRGINIA (1998). "La equidad de género como tema de debate y de políticas públicas". En: Eliana Largo (edit.) *Género en el Estado: estado del género*, Ediciones de las mujeres nº 27, Isis Internacional, Santiago de Chile.

GUZMÁN, VIRGINIA (2001). *La institucionalidad de género en el Estado: nuevas perspectivas de análisis* en Serie Mujer y Desarrollo, CEPAL - ECLAC, Santiago, Chile.



HACKING, IAN (1997). "Introducción: Racionalidad". En: *Representar e Intervenir*, Paidós, México.

HARDING, SANDRA (1994). "¿Existe un método feminista?". En: *La mujer y la ciencia. Cuadernos para el debate*, Centro Feminista de Estudios y Documentación, Madrid.

HERNES, HELGA (2003). *El poder de las mujeres y el Estado del bienestar*. Madrid, Vindicación feminista, 2003.

JAGGAR, ALLISON (1996). "Ética feminista: algunos temas para los años noventa". En: C. Castells (comp.) *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona, Paidós, 1996.

JELIN, ELIZABETH (1996). *Las Mujeres y la Cultura Ciudadana en América Latina*, Trabajo preparado dentro del programa Women in the service of civil peace de la División de Cultura, UNESCO, UBA – CONICET, Buenos Aires.

JENSON, JANE and SINEAU MARIETTE (2001). *Who cares? Women's Work, Childcare, and Welfare State Redesign*. University of Toronto Press, Canada.

KERGOAT, DANIELE (1994). "Por una sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes un nueva conceptualización" [1984]. En: Borderías Cristina, Carrasco Cristina y Carmen Alemany (comp.), *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona.

LAMAS, MARTA (1995). "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género". En: *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, núm. 1, Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara, Guadalajara.

LAMAS, MARTA (1999). "Género: los conflictos y desafíos del nuevo paradigma". En: Ana María Portugal y Carmen Torres (edit.) *El siglo de las mujeres* (Isis Internacional).

LUGONES, MARÍA (2012). Subjetividad esclava, colonialidad de género, marginalidad y opresiones múltiples. En *Pensando los feminismos en Bolivia*. Conexión Fondo de Emancipaciones, Serie Foros 2. La Paz, Bolivia. Disponible en <http://www.conexion.org.bo/archivos/feminismo340c2bc7.pdf>

MACKINNON, CATHERINE (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*, Cátedra, Madrid.

MINUJIN, ALBERTO y CONSENTINO, ESTELA (1996). "Crisis y futuro del Estado de Bienestar". En: Alberto Minujin (edit.), *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina del fin de siglo*, UNICEF/LOSADA, 2° edición, Buenos Aires.



MOLYNEUX, MAXINE (2003). Movimiento de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado, Cátedra - Feminismos, España.

MOSER, CAROLINE (1991). "La planificación de género en el tercer mundo: enfrentando las necesidades prácticas y estratégicas de género". En: Virginia Guzmán y otras (comp.) *Una nueva lectura: Género en el Desarrollo*, Entre Mujeres - Flora Tristán, Perú.

MOSER, CAROLINE (1995) Planificación de género y desarrollo. Teoría, Práctica y Capacitación, Red Entre Mujeres - Flora Tristán, Lima.

OSZLAK, OSCAR (2004) La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional, Planeta, 3a ed, Buenos Aires.

OSZLAK, OSCAR (2006) "Burocracia estatal: política y políticas públicas". En *POSTData Revista de Reflexión y Análisis Político*, N°11/Abril 2006, p. 11-56.

PATEMAN, CAROLE (1995). *El contrato sexual*, Antrophos, Barcelona.

PATEMAN, CAROLE (1996). "Críticas feministas a la dicotomía público / privado". En: *Perspectivas feministas en teoría política*, Paidós, Madrid.

PATEMAN, CAROLE (2005). *Democratizando la ciudadanía: algunas ventajas del ingreso básico*. En: *La nueva Cuestión feminista*, Actuel Marx Intervenciones N° 4, Segundo Semestre 2005, Santiago - Chile.

PHILLIPS, ANNE (2002) "Las pretensiones universales del pensamiento político". En: Barret y Phillips (comps.), *Desestabilizar la teoría*, PUEG-UNAM/Paidós, México.

PORTOCARRERO, PATRICIA (1990) "Mujer en el Desarrollo: Historia, límites y alternativas". En Patricia Portocarrero (edit.), *Mujer en el desarrollo. Balance y propuestas*, Flora Tristán, Lima.

ROSENBERG, MARTHA I. (1997). "Beijing un año después: ¿Derechos sin políticas?" En: Patricia Gómez (comp.), *Mujeres en los '90. Legislación y políticas públicas*, Centro Municipal de la Mujer de Vicente López, Pcia. de Buenos Aires.

SCOTT, JOAN (1993). "De mujer a género: teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales". En Cecilia Cangiano y Lindsay Dubois, *De mujer a género*, CEAL, Buenos Aires.

THOMPSON, EDWARD (2002). *Obra Esencial*, Crítica, Barcelona.

TOULMIN, STEPHEN (1996). "Cambiar las instituciones a través de la participación: elitismo y democracia entre las ciencias". En: M. A. Pereyra, J. García Mínguez, Miguel



Beas y A. J. Gómez (comps.), *Globalización y descentralización de los sistemas educativos*. Cuarta Parte. Pomares-Corredor, Barcelona.

VARGAS FLOOD, MARÍA CRISTINA (1995). "¿Los gastos públicos en los sectores sociales son una respuesta a la crisis?". En: Haideé Birgin (comp.), *Acción pública y sociedad. Las mujeres en el cambio estructural*, Feminaria, Buenos Aires.

VARGAS, VIRGINIA (1998). "Asegurar la continuidad de las políticas públicas". Entrevista realizada por Elizabeth Salguero. En: *El cuarto propio en el Estado*, Fempress, Santiago de Chile.

WALLERSTEIN, IMMANUEL, coordinador (2001). *Abrir las ciencias sociales, Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales* [1996], México, Siglo XXI (traducido por Stella Mastrángelo).